

Crónica de una excursión a la Sierra de Albarracín

Otro día más por tierras turolenses nuestra Casa de Teruel en Zaragoza. Día 30 de junio a la Sierra de Albarracín, que el día 16 del mismo mes ya lo hicimos hacia las Sierras del Maestrazgo.

Un buen puñado de socios y simpatizantes que todavía no conocían esta hermosa Sierra y el pueblo, –a mi me gusta llamarle así– que le da nombre.

El almuerzo de buena mañana al frescor de la fuente de Cella, igualmente descubierta ese día por algunos expedicionarios. A continuación por Gea de Albarracín, la recatada, que esconde la hermosura de sus recovecos y calles a la vista del viajero, humillada por la impresionante muralla rocosa, por cuyas entrañas discurre el increíble acueducto que en tiempos remotos sirviera para llevar el agua del Guadalaviar, al pie del castillo de Santa Cloche, hasta Cella, en lo que seguramente constituye uno de los primeros trasvases de agua a distinta cuenca.

Se llega en seguida a Albarracín, topando de lleno con su bien conservada muralla, con su altanera torre del Andador dominadora y guardiana antaño de la integridad de un diminuto reino, que invita a soñar en proezas sin cuento de aquellos caballeros de turbante, que por mucho tiempo sólo sucumbieron al arrobamiento de ojos de las ya por entonces y siempre bellas serranas.

Dos horas deliciosas deambulando por calles llenas de arte y señorío, a las que, por cierto, deberían prohibir el acceso de coches salvo en casos estrictamente necesarios.

Con el deber cumplido como en un ritual, porque a Albarracín se va de este modo, dejamos la fortaleza medieval sin apenas darnos cuenta y seguimos el cauce del río arriba por ese maravilloso cañón. Aparece en seguida Torres de Albarracín, después Noguera, donde hacemos parada y fonda, porque el amigo Bullón así lo había previsto.

Buena y asequible comida en el bar Sierra Alta de Noguera, con amabilidad al uso de la tierra por parte de sus buenos vecinos que supieron agradecer la visita en un día tranquilo y sin turistas y veraneantes, a lo que supimos corresponder como buenos turolenses.

Como en un ritual también después a la Fuente del Canto, de sorpresa en sorpresa para quienes no conocen los lugares entre pinares sin igual. Luego al santuario de la Virgen del Tremedal y por último a Orihuela del Tremedal, la blanca y graciosa paloma de la Sierra.

Problemas de la comarca

No sería justo hablar solamente de gratos momentos vividos en una rápida visita a la Sierra, sin rozar un poco siquiera la problemática actual de la gente que aquí habita con una gran tragedia a cuestas.

Ahí están unos montes que atesoran inmensas riquezas, que es preciso guardar celosamente, pero también saber aprovechar racionalmente, porque nos da la impresión de que no sucede así, que no siempre ha sido así, que se puede mejorar mucho, que es preciso hacerlo. Paisajes idílicos en toda la extensión de la palabra, que en turismo deberían y podrían representar importantísima ayuda para esa mancomunidad de pueblos serranos que agonizan lenta pero inexorablemente. Hemos visto gentes con alegría en el rostro, tristes por dentro. Viejos soñadores y nostálgicos que te cuentan todo, sus alegrías, sus penurias, sus calamidades nada más comenzar a hablar con ellos; sus muchos achaques, su rabia; que te hablan de sus hijos de fuera; gentes que no quieren salir, aunque han perdido ya su fe; que esperan morir de un día para otro, que no tienen mañana, que para ellos siempre es hoy, que cada año son menos hasta contarlos con los dedos, que no encuentran curas con qué remediar su mal.

A los que somos de por ahí el alma se nos viene a los suelos. Nos da mucha rabia todo esto y no sabes si llorar o reír.

Naturaleza a pesar de todo generosa, que cautiva y atrae y de la que uno piensa se puede sacar un mayor partido que llegue al deprimido, al dueño del lugar, como demandan los nuevos tiempos, las leyes naturales, a pesar de que se topan con opiniones encontradas que pretenden dejar las cosas tal cual están, en aras de aspiraciones egoístas o puramente románticas y poéticas, cuando no catastrofistas, sin encontrar término medio entre la realidad y el romanticismo para poner remedio a los males.

Foráneos primerizos

Al margen de naturaleza presenciamos otro detalle que nos deprime un poco, en nuestros paseos por las calles de Albarracín y en sus bellos montes, que no acertamos a calificar. Se nota excesivamente la gran presencia del foráneo de la calle o del paisaje con su prepotencia de regiones vecinas poderosas, que demuestran no muy depurada educación con sus estridencias peculiares, como si al llegar a Albarracín se les desatase el ansia voraz de hablar a cual mas fuerte y a nuestros oídos malsonante o que fuesen portadores potenciales de misiones colonizadoras lingüísticas. Debieran ser estas gentes más respetuosas

con nuestros pueblos y montes, en todas las épocas, al menos gastar más. Claro que todo esto es una apreciación puramente subjetiva.

Y como entidad que somos netamente turolense, déjennos al menos que hagamos una nueva llamada, una vez más. ¿Quién va a mover ese pesado cuerpo? Nosotros solamente ponemos un granito de arena y algo más si que podríamos hacer si se nos prestase más atención.

De todos los males se ha culpado a la emigración y con ser el principal y más sangrante, no es justo inculparle de todo, porque esa emigración también está contribuyendo a que los pueblos no mueran del todo hoy. Hay y ha habido otros culpables, lo han dicho otros también.

Somos testigos de excepción, porque a lo largo de once años de nuestra andadura y metidos en cosas turolenses a las que cuando estábamos en nuestros pueblos no les prestábamos atención, desde este privilegiado observatorio que es Zaragoza, hemos aprendido un poco las idiosincrasias de los emigrantes forzosos, los caprichosos, los de conveniencia, de intereses, de política; de antes y de ahora, de siempre, también de los emigrantes desertores y cobardes.

Posiblemente todos seamos un poco culpables, unos en la ignorancia, otros en la ambición. Todos culpables de hecho y por derecho a serlo, que allá cada cual con su conciencia. Unos menos que otros, otros más, los otros más que todos y los que desde fuera nos ayudaron engañándonos y convirtiéndose en señores nuestros. Lo cierto es que entre todos hemos dejado solo a Teruel y ni unos ni otros, ni los de dentro ni los de fuera, parece que estamos dispuestos a entendernos, a prestarnos la ayuda necesaria para ser cada vez más turolenses de hecho, que por derecho ya lo somos y en nuestro especial caso cada vez mucho más aragoneses.

Indiferencia

Lo sabemos y aunque este no es el momento, quién sabe si algún día no tendremos que hacer uso, buen uso, de nuestro particular y leal saber y opinión sobre el caso.

No se comprende muy bien desde aquí esta general indiferencia y habrá que ir pensando seriamente en la culpa que tiene cada cual como individuo, colectividad o instituciones diversas, que hace que las cosas turolenses no funcionen como debieran, ni dentro ni fuera de Teruel, cuando no están agotadas las posibilidades y que a diario nos estemos lanzando impertinencias y groserías sobre quién o quiénes tienen la culpa de que Teruel, que no es tan pobre, se vea constantemente abocado al colapso o al infarto de sus órganos vitales.

No se nos puede pedir a los emigrantes, sobre todo a los forzosos, que volvamos para repoblar Teruel permanentemente, porque esto ya no es posible en la mayoría. Sí que lo hacemos y con gusto temporalmente, que es un mal menor.

Pero déjennos al menos y ayúdenos a que fomentemos el cariño, la comprensión hacia Teruel.

Publicado en el Diario de Teruel el día 24 de julio de 1.991